

**JESÚS PERIS LLORCA**

Universitat de València  
Correo: [jesus.peris@uv.es](mailto:jesus.peris@uv.es)

## **Fantasmas en un desierto que brilla o la soledad del lector de palimpsestos. Los relatos del regreso en Max Aub, Francisco Ayala y Arturo Barea**

**Palabras clave:** exilio republicano español — Max Aub — Francisco Ayala — Arturo Barea — ciudad.

Max Aub es uno de los escritores más prolíficos del exilio republicano español. Tanto es así que Otaola, compañero en el Ateneo Español de México, recuerda que lo llamaban cariñosamente Más Aún<sup>1</sup>. Su obra funciona como una gigantesca espiral que lanza torrentes de palabras en torno a algunos temas centrales y, entre ellos, el de la relación del propio Aub y de los desterrados en general con el país dejado atrás. Así, aunque el propio autor no regresará a España hasta agosto de 1969, y aún entonces lo hará de visita, con un visado de estudios de seis meses que ni siquiera agotará, es posible rastrear en diferentes momentos de su vida el motivo del regreso del exiliado a España, del “desexilio”, para decirlo con el término acuñado por Mario Benedetti<sup>2</sup>. No es un caso único en la literatura del exilio: también lo encontramos en Francisco Ayala, por ejemplo, e incluso en Arturo Barea. Sin embargo, el caso de Aub es particularmente interesante porque precisamente en un autor cuyo “entero testimonio literario”, en palabras de Soler Sola, puede ser considerado “como situación transferencial a través de la cual el

---

<sup>1</sup> Otaola, *La librería de Arana. Historia y fantasía*, Madrid, Ediciones del Imán, 1999, p. 48.

<sup>2</sup> Al definirlo, por cierto, explica el carácter traumático que siempre tiene esta experiencia y la complicada gestión de culpas que implica: “Es obvio que, en ciertas ocasiones, el desexilio puede ser tan duro como el exilio y hasta aparecer como una nueva ruptura, pero la gran diferencia consiste en que mientras la decisión del exilio nos fue impuesta, la del desexilio en cambio es nuestra absoluta responsabilidad”. M. Benedetti, *El desexilio y otras conjeturas*, Madrid, Ediciones El País, 1984, p. 9.

autor podrá apropiarse de su historia”<sup>3</sup>, este motivo del regreso aparece en obras de distinto género y muy distantes en el tiempo entre sí. Y porque después de todas ellas publicará el diario de su visita a España sin disimular ni su frustración ni su amargura.

Así, en 1965 —sólo cuatro años antes de su viaje— había reunido en un volumen titulado *Las vueltas* tres breves obritas de teatro que había escrito a lo largo del exilio (1947, 1960 y 1964) y que tenían en común este motivo<sup>4</sup>: en la primera, su protagonista, Isabel, retorna al pueblo en el que fue maestra después de ocho años en la cárcel y se encuentra con que su hija ya no la reconoce. También de la cárcel retorna Remigio, el protagonista de 1960, pero después de muchos más años. Propiamente del exilio regresa Rodrigo, el protagonista de 1964, sorprendentemente parecido a Max Aub, escritor también y amigo de “Paco Ayala” (p. 62).

Ese mismo año de 1965, dentro del volumen *Historias de mala muerte*, se encuentra el relato titulado “El remate”, que es el más amargo de la serie. También llamado Remigio, escritor y procedente de México, la entrevista en Cerbère con su hijo, al que apenas había llegado a conocer, y una tertulia con antiguos amigos exiliados en Francia llevarán al protagonista a tomar la decisión de regresar a España pero exclusivamente para suicidarse.

Este corpus puede completarse con otros textos escritos por autores diferentes en países diferentes pero, como veremos, con interesantes paralelismos en sus planteamientos cuando fantasean por adelantado con la posibilidad del regreso. En concreto, abordaremos “El regreso”, de Francisco Ayala, incluido en el volumen *La cabeza del cordero* y fechado en 1948, en el que un exiliado regresa a su ciudad desde Argentina en busca de su viejo amigo Abeledo<sup>5</sup>. Y también con la insólita novela *La raíz rota*, de Arturo Barea (1951), en la que el protagonista, Antolín Moreno, regresa de Inglaterra a una España casi irreconocible<sup>6</sup>. De hecho, una de las cosas que evidencia este texto es hasta qué punto su autor había perdido el contacto con la España real:

En *La raíz rota*, [...] todo se ha supuesto previamente, de manera que Barea se pone a escribir una novela ‘casi de tesis’ destinada a demostrarse a sí mismo y al mundo la imposibilidad del regreso en semejantes circunstancias<sup>7</sup>.

<sup>3</sup> M. Soler Sola, “Morir por cerrar los ojos: cuando la memoria se hace teatro”, en: A. August-Zarębska, T. Marín Villora (eds.), *Guerra, exilio, diáspora: aproximaciones literarias e históricas*, Wrocław, Wydawnictwo Uniwersytetu Wrocławskiego, 2014, p. 91.

<sup>4</sup> M. Aub, *Las vueltas*, México, Joaquín Mórtiz, 1965.

<sup>5</sup> Lo citaremos por la edición: F. Ayala, *La cabeza del cordero*, Madrid, Alianza Editorial, 1983.

<sup>6</sup> Lo citaremos por la edición: A. Barea, *La raíz rota*, Madrid, Salto de Página, 2009.

<sup>7</sup> J.M. Fernández Gutiérrez, M. Herrera Rodrigo, *La narrativa de la Guerra Civil: Arturo Barea*, Barcelona, PPU, 1998, p. 151. J.R. Marra López realizó un juicio parecido sobre la novela, aunque con mayor contundencia en su estudio pionero: “Para escribir su relato se ha apoyado en recuerdos del tiempo pasado, autobiográficos o no, y datos recogidos en la emigración, absurdos en su mayor parte, tan rotundamente grotescos que dan un aire entre ingenio y panfletario a la novela”, *Narrativa española fuera de España. 1939–1968*, Madrid, Guadarrama, 1962, p. 125. Por otra

A este corpus vendrá entonces a sumarse *La gallina ciega*. *Diario español*, publicado en 1971 y crónica del regreso real de Max Aub. Los puentes textuales entre los regresos anticipados y el efectivo serán inevitables.

Los textos de ficción trazan, entre todos, algunas líneas de sentido comunes al relato de los regresos. Por ejemplo, los exiliados miran los espacios de la patria recobrada como si fueran palimpsestos<sup>8</sup>, superponiendo en ellos los fantasmas del recuerdo. Ven casi literalmente lo que allí hubo, y por momentos les parece más real que el paisaje inmediato que contemplan. Así, el personaje de Francisco Ayala puede sentir que las calles que pisa tienen la textura del sueño:

cuando [...] comencé a andar, maleta en mano, por las calles de grandes losas húmedas, resbaladizas, hacia casa, me pareció estar soñando de nuevo esta pesadilla que, tiempo atrás, en Buenos Aires, me había angustiado tanto (p. 86).

Y pronto comienzan las alucinaciones que proyectan en el presente sentido como ilusorio los fantasmas del pasado: “por un instante, me sumí en el recuerdo de la guerra” (p. 107). Y entonces:

Veía el rincón, junto a la ventana, donde nos reuníamos —Abeledo era de los que no faltaban nunca— alrededor de la mesa de mármol, alargada como lápida mortuoria, amigos, conocidos, conocidos de amigos, advenedizos, ocho, diez, quince a veces, discutiendo, diciendo chistes, armando broncas. Y me veía a mí mismo llegar el día en que aparecí con mis galones de sargento (p. 110).

---

parte, la idea de que la escritura de ese texto cerraba el ciclo narrativo con la justificación práctica de la imposibilidad y la inutilidad del regreso encaja perfectamente con la lectura terapéutica de su escritura que hace E. Bender en “¿Cómo superar la traumática experiencia de la Guerra Civil Española? La dimensión terapéutica de la autobiografía. *La forja de un rebelde* de Arturo Barea”, en: A. August-Zarębska, T. Marín Villora (eds.), *op. cit.*, p. 19.

<sup>8</sup> Tomo la metáfora de Hugo Achúgar, aunque él se refiere a representaciones postmodernas de la ciudad: “Un modo hoy usual de leer la ciudad latinoamericana consiste en ver las trazas del pasado o, dicho de otro modo, en leer la memoria viva de la ciudad. Esas lecturas de la memoria postulan la ciudad como palimpsesto”; H. Achugar, “Ciudad, ficción, memoria (primer ingreso a las ciudades sumergidas)”, *Casa de las Américas*, n° 208. jul.-sept. de 1997, p. 22. Y me parece interesante, porque en efecto la experiencia del exilio parece anticipar esa experiencia del espacio urbano. En cierto modo, la desespacialización de las ciudades contemporáneas, esto es “la borradora de la memoria que produce una urbanización racionalizadamente salvaje” (J. Martín Barbero, “Mediaciones urbanas y nuevos escenarios de comunicación”, en: P. Navia, M. Zimmerman (coords.), *Las ciudades latinoamericanas en el nuevo [des]orden mundial*, México, Siglo XXI, 2004, p. 75), hace que todos nos hayamos convertido en exiliados de las ciudades de nuestra infancia. Por ello M. Ugarte encuentra en la escritura de los exiliados un gesto en el que podemos reconocernos: “Al ser otro, el exiliado pondera la calidad de ser otro y a veces se atreve a asumir esa postura cuando escribe. El camino a casa es el camino de la escritura que, irónicamente, nos aleja aún más: un viaje constante en donde la finalidad y el origen son la misma cosa. El exiliado describe este viaje y al hacerlo se dirige al exiliado que habita en todos nosotros” (*Literatura española en el exilio. Un estudio comparativo*, Madrid, Siglo XXI, 1999, p. 230).

El protagonista de la novela de Barea combatirá una y otra vez las imágenes del pasado que se le imponen: “Allí, en los alrededores del puente, a uno y otro lado del río, había peleado durante semanas. Se arrancó la evocación con un esfuerzo. Se había prometido a si mismo no recordar” (p. 24).

Pronto comprenden que ellos son los únicos que recuerdan. El país, bien sea por el miedo en los relatos más antiguos, bien sea porque ha sido ya moldeado por la acción de la dictadura, ha decidido olvidar: ya Isabel, la protagonista de la vuelta de 1947 (Max Aub) había observado que sus vecinos y familia estaban “parados, mudos, ciegos” (p. 29). En este caso el olvido de la guerra se acrecienta con el gesto deliberado de mirar hacia otro lado ante la represión del presente:

Me lo han contado los cientos que, como yo, vuelven: las llamadas a la puerta. Los: ¿quién será a estas horas? Los pasos. Pero eso pasa. Se da una vuelta en la cama y se procura olvidar (p. 30).

Rodrigo, también de Aub, en 1964 descubre que “los hechos desaparecen sin más rastros que nacimientos y muertes. La historia es como le da a uno la gana” (p. 84). La derrota ha implicado también el no ser los sujetos del relato colectivo de la memoria, más aún, el haber sido excluidos de él. Más duras todavía son las evidencias que encuentra el protagonista de “El remate”. Los jóvenes actúan como si la guerra y la República nunca hubieran existido, como si los autores exiliados no existieran: “Ninguno de estos muchachos que empiezan ahora ha leído nada mío, ni conocen el santo de mi nombre”<sup>9</sup>. Y el olvido es además un olvido selectivo que glorifica a los asesinos vencedores: “Si bien está que se olvide a los muertos —reflexiona el narrador—, que los muertos —naturalmente— olviden a los muertos, lo que no me cabe en la cabeza es la glorificación del asesino”, dice a propósito de los homenajes al general Queipo de Llano (p. 491).

Comprender eso condena al exiliado a la soledad. El regreso no mitiga, sino que acrecienta su sensación de aislamiento: “Esto no tiene nada que ver con lo que conociste. Y tú sigues siendo el mismo”, le advierten a Rodrigo en 1964 (p. 59). Sentimientos parecidos presenta el personaje de Ayala, que camina entre los objetos de la nueva realidad “como si pertenecieran a otro mundo del que yo estuviese definitivamente separado” (p. 94). “Estoy más solo aquí que nunca he estado en Londres”, confiesa el protagonista de Barea (p. 168).

El país reencontrado parece otro, debido a la acción de la dictadura. En los regresos de Aub, Isabel encuentra en 1947 a su hija moldeada por la educación falangista (“¿es verdad que eres roja?”, le pregunta. “¿Qué crees tú que es ser roja?”. “No sé. Ser mala”, le contesta la niña, p. 27), y a su marido participando de los negocios del estraperlo (p. 25). El Remigio de 1960 encuentra a su hijo mayor contento con su trabajo, negándole en público y “que no le

<sup>9</sup> M. Aub, *Enero sin nombre*, Barcelona, Alba, 1994, p. 467.

hablen de meterse en nada” (p. 40). A Rodrigo, en 1964, le advierten: “Esto no tiene nada que ver con lo que conociste. Y tú sigues siendo el mismo” (p. 59). Y todavía más: “Os ha pasado lo mismo con vuestro futuro. Habéis empollado años y años la idea de una España liberal y republicana y os ha salido a imagen y semejanza de su padre, que es Franco” (p. 91). Se implica aquí la metáfora de la gallina ciega, que volverá a utilizar en “El remate” (“Y no me salgan diciendo que a cualquier gallina le sucede empollar huevos de pato”, p. 476) y que significativamente acabará por dar título a su diario.

Y es que la realidad presente no puede compararse con el recuerdo. Lo observa también el protagonista de Ayala: “...hasta diríase que el salón mismo hubiera encogido y achicado” (p. 105); y el de Barea: “La leche era un líquido azulado, casi transparente; el café era un agua clarucha sin olor ni sabor; los churros realmente eran ridículos en su pequeñez” (p. 32), quien, como Remigio, había encontrado a una parte de su familia integrada en el mundo del franquismo y en su imaginario: “La mujer huesuda con su cara quejumbrosa y los ojos llorones, de pupilas dilatadas, no era la Luisa que él había conocido” (p. 87).

Y así, como resultado, el exiliado se siente ajeno. Le resulta casi imposible articular un “nosotros” con los españoles del interior: “como se dice en el chotis de tu casi paisano Agustín Lara” (p. 74), le dice uno de sus interlocutores a Rodrigo (1964), es decir, a uno de esos “fantasmas”, que vienen “de otro mundo” (p. 72). El protagonista de “El remate” vive muy traumáticamente que su hijo no entienda la expresión “tarifar”, que usa en México (p. 464), o que a él mismo el acento de su hijo le suene “gutural, duro, extraño” (p. 469). Para los españoles, el protagonista de Barea será “uno de esos místers chalaos, que quiere ver cómo vivimos, para luego escribirlo en los papeles” (p. 103). “Me sentía extranjero en un país extranjero”, dice (p. 168).

Y en efecto, cuando situamos en la serie *La gallina ciega*, el diario de Max Aub del regreso real es imposible no trazar los puentes textuales, y el propio Aub parece convertirse en uno de sus personajes: camina los caminos que les trazó por adelantado y reproduce cada uno de los gestos, en una contigüidad entre el texto autobiográfico y la ficción hasta volverlas indistinguibles, que es un gesto muy aubiano. Baste recordar ese insólito experimento que es *Jusep Torres Campalans* estudiado con detalle por Joan Oleza<sup>10</sup>, en el que se opera en sentido inverso, un texto que parece ser una biografía de un pintor, un catálogo de una exposición y una transcripción de un cuaderno de notas, es decir, textos referenciales, resulta ser una novela.

Los paisajes a los que se enfrenta le parecen casi irreales por su espesor de imágenes superpuestas. Madrid, por ejemplo, es “una ciudad doble” (p. 378)<sup>11</sup>. Y por ello, su consistencia presente le parece irreal. “Veo una

<sup>10</sup> J. Oleza, “Max Aub entre vanguardia, realismo y postmodernidad”, *Insula*, nº 569, 1994, pp. 1–2 y 27–28.

<sup>11</sup> Citamos por la edición: M. Aub, *La gallina ciega*, Barcelona, Alba, 1995.

España que no existe” (p. 113). A veces, parece transitar en paisajes suspendidos fuera del tiempo:

Aquí, entre los pinos, tantos caídos con las cabezas reventadas. ¿Por qué no se pueden apartar de mí, que no los vi? Basta que me lo contaran... Casi le digo a mi sobrino, que conduce: —¡Cuidado! (p. 168).

A veces lo que se resalta es la opacidad, la mudez. Y entonces es el sujeto quien debe hacer un esfuerzo para restaurar los niveles superpuestos: “Aquí fue la batalla del Ebro —recuerda al acercarse a Vinaroz—. Naranjos, olivos, riscos, ramblas plantadas de pedruscos, tierra rojiza, no de sangre, igual a sí misma. De aquello, nada” (p. 207).

El palimpsesto le da al propio paisaje que se contempla la textura del recuerdo o de las ficciones:

Extraña sensación de pisar por primera vez la tierra que uno ha inventado o, mejor dicho: rehecho en el papel. No es la carretera de *Enero sin nombre* sino otra, paralela. Pero puede ser la de *El limpiabotas del padre Eterno*. Existe. No la inventé. O sí, la inventé con sólo levantar la cabeza. Antes no era así. Es la primera vez que voy y vengo por aquí. ¿Antes? Era otra vida (p. 114).

No es casualidad por ello que en la superposición se confundan los hechos recordados con los hechos y personajes de las novelas de *El laberinto mágico*. En Madrid, recuerda “la casa donde nació Julián Templado” (p. 496). O recuerda en Valencia a Chulià, “el que así se llama en mis novelas”, que “ya ha muerto en Norteamérica, donde no se le había perdido nada” (p. 297). Todos ellos comparten textura narrativa y verbal. En cierto sentido *La gallina ciega* es no sólo una especie de epílogo de la serie de novelas y relatos, sino también algo así como el marco exterior metadieгético, la explicitación también ficcionalizada del lugar final de enunciación.

Como los personajes, el ser el único poseedor del código para percibir las imágenes superpuestas en el palimpsesto lo condena a la soledad.

Es verdad que el presente, como la horchata que se toma en Valencia, no “llega al punto del recuerdo” (p. 146). Los callos en Madrid están “desabridos, salseados en demasía, claros, deslavazados, sin gracia” (p. 336). Todo eso tiene que ver con la nostalgia de la propia juventud, de los espacios en que esa juventud tuvo lugar: Las Ramblas “me las han cambiado. Yo, no. Ahí, la raíz del mal: yo, anquilosado” (p. 138).

Pero es verdad también que no todas las transformaciones ni la amargura del retornado tienen que ver con eso. También existe la percepción de los efectos de un proceso social e histórico del que se ha mantenido al margen, borrado del proyecto republicano y de la memoria de sus protagonistas:

Estos españoles se quedaron con lo que aquí había, pero son otros. Enténdaseme: claro que son otros, por el tiempo, pero no sólo por él; es eso y algo más; lo noto por lo que me separa

de su manera de hablar y encararse con la vida. No es el progreso, no es el turismo, sino algo más profundo. ‘Nos los han cambiado’. No han variado, no los han alterado, los trocaron (p. 597)<sup>12</sup>.

El exilio los ha llevado a una suerte de vía muerta de la historia, sin contacto real con los españoles del interior<sup>13</sup>. Por ello la gente no tiene ni recuerdo de la historia ni recuerdo de las ficciones que recrearon la historia:

No, no me molesta ‘literariamente’, literariamente me tiene absolutamente sin cuidado; me hierre, me duele que ahí, a cincuenta metros, en la lechería de Lauria, Vicente esperaba (espera) a Asunción, que —unos metros más acá— en casa Balanzá, Chuliá cuenta sus hazañas y que nadie lo sepa” (p. 295).

La realidad es también en este sentido peor de lo que habían supuesto o fabulado por anticipado: “Nada me sorprende. Me quedé corto” (p. 383) y entonces “Me siento menos de lo que jamás fui” (p. 540).

El imperativo ético de recordar aparece por momentos caracterizado como una condena: “Vives en lo que fue. Vives en lo olvidado. Lo malo es que existes y no puedes vivir, viviendo, con esto. Y vives” (p. 190). Además, se teme que no sirva para nada: “¿Por qué he de llevar a costas ese peso del pasado, ahora me doy cuenta, totalmente en balde?” (p. 268), y es que “lo malo es que este libro no se venderá en España, y cuando pueda circular libremente nadie sabrá de qué estoy hablando” (p. 180).

Pero aun así sólo queda la escritura para que quede el rastro, de esa historia y de este sujeto suspendido entre comunidades. Y Max Aub, como otros exiliados, se obstinará en la persistencia en la escritura y en el compromiso.

La integración en otro lugar y la vida en otro país modula de otro modo su compromiso político o su militancia, porque tiende a percibir esa actividad como esterilizante, desgastante y poco útil, y sin embargo no se suman a ninguna deserción ideológica<sup>14</sup>.

<sup>12</sup> Coincido totalmente con Mari Paz Balibrea al afirmar a partir de este mismo texto que “es precisamente ese desajuste suyo, esa falta de sincronía, esa fijación en el pasado, esa capacidad de comparar con conocimiento de causa entre lo que hubo y lo que hay y entre lo que hay fuera de España y lo que hay dentro, lo que le da agudeza de juicio, lo que le permite decir tan despiadada como dolidamente lo que dice”. M.P. Balibrea, “Memoria de la modernidad: Viajando por España en textos autobiográficos de María Martínez Sierra y Max Aub”, en: A. Sánchez Cuervo (ed.), *Las huellas del exilio. Expresiones culturales en la España peregrina*, Madrid, Tebar, 2008, p. 184.

<sup>13</sup> Esto, además, no sólo sucede con Max Aub. Ya P. Fagen lo había elevado a categoría general: “Sólo se pueden hacer dos generalizaciones: primera, a todo transterrado que ha ido a España creyendo aún que sus asociaciones han sido factores importantes en la resistencia contra Franco, se le ha hecho saber que los grupos de transterrados nunca han desempeñado un papel importante en esa resistencia; segunda, cualquier persona que haya ido a España esperando encontrar una atmósfera de revolución, pronto reconoce, después de su visita, que el elemento revolucionario es demasiado reducido; el temor que la mayoría de los españoles siente a la violencia es mayor que su deseo de un cambio radical, e incluso quienes están trabajando por lograr cambios rara vez fomentan una revolución” (*Transterrados y ciudadanos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1975, p. 158).

<sup>14</sup> J. Gracia, *A la intemperie. Exilio y cultura en España*, Madrid, Anagrama, 2010, p. 66.

Así, en *La gallina ciega* culmina esa vacilación entre identificaciones que habíamos encontrado en los relatos anticipadores. “Panes enormes —de huerta, decimos en Valencia— morenos” (p. 115), puede decir nada más llegar, enunciando un “nosotros”, esperanzado en su vigencia a través del exilio. Después, enunciará diferentes primeras personas del plural: “Tendiéndome un cuatro, como decimos en México” (p. 478). El día 8 de septiembre vuelve a ver un cuadro de Ribalta en la iglesia del Patriarca y en él le parece ver a “Jesucristo comiéndose una hostia que ya es una tortilla de masa de nixtamal” (p. 205). Y es que, en el viaje, igual que al protagonista de “El remate”, se le ha hecho evidente que “somos un puñado de gentes sin sitio en el mundo. En México, a pesar de ser mexicanos, no nos consideran como tales. Aquí, no podemos vivir más que mudos” (p. 253). Como explicó Vicente Llorens “toda su existencia es un vivir a medias”<sup>15</sup>. Y con los años, esa sensación no hizo sino acrecentarse<sup>16</sup>.

En conclusión: repasar los relatos de regreso del exilio de Max Aub, pero también de Francisco Ayala o Arturo Barea, nos permite con facilidad trazar paralelismos, incluso al límite de la intertextualidad entre ellos, y una suerte de repertorio de gestos y reacciones ante la nueva realidad del país dejado atrás, pero también intentos de articulación de un punto de enunciación inestable y precario entre dos exterioridades.

Si a esa serie añadimos el relato de un regreso real, el de Max Aub en 1969, se produce un efecto curioso e inquietante de continuidad, que ilumina algunos aspectos de la relación entre la realidad y la escritura. Max Aub elabora su experiencia y su shock en la escritura del diario, en cierto modo lo convierte en escritura renovada de la brecha o materialización textual de un intento de duelo. Y al hacerlo ilumina el motor de toda su escritura anterior, su íntima relación entre él mismo como personaje y ese otro personaje llamado Vicente Dalmases, por ejemplo, pero también lo que de intentos de conjura de fantasmas, de temores íntimos del exiliado, tenían los relatos de las vueltas. El país al que regresar

<sup>15</sup> V. Llorens, *Estudios y ensayos sobre el exilio republicano de 1939*, Sevilla, Renacimiento, 2006, p. 126.

<sup>16</sup> Como señala C.E. Lida, “El republicano refugiado en México no pudo militar activamente en su nuevo país, lo cual significó un verdadero desarraigo político e ideológico y, en gran medida, la enajenación en ese terreno. En cambio, por una cruel paradoja del destierro, durante casi cuatro décadas la principal causa política del emigrado fue el futuro imposible de una República definitivamente perdida” (*Inmigración y exilio. Reflexiones sobre el caso español*, México, Siglo XXI, 1997, p. 118). Sin embargo, Francisco Ayala, como señala R. Macciucci, sí consiguió una integración exitosa en el campo cultural argentino: “La inserción del escritor español en el medio cultural argentino no parece haber sido difícil, a juzgar por sus propias palabras y por la pronta aparición de su nombre en lugares señalados de la cultura argentina”; R. Macciucci, “Intelectuales españoles en el campo cultural argentino: Francisco Ayala, de Sur a *Realidad* (1939–1950)”, en: A. Pagni (ed.), *El exilio republicano español en México y en Argentina. Historia cultural, instituciones literarias, medios*, Madrid, Iberoamericana / Vervuert, 2011, p. 160. Tal vez ello ayude entender la resolución de su protagonista al final del cuento. Sin embargo, el movimiento pendular, y el trazado por tanto de una tierra de nadie, resulta en buena medida equivalente. Los personajes de todos los textos analizados desean estar donde están, porque creen que es allí donde en realidad pertenecen.



era un espacio ficcional. Los personajes pisan ficción, Max Aub también pisa ficción doblemente: por estar escrita, pero también porque cuando se pisó su inadecuación con el recuerdo la desrealizaba. La literatura, entonces, dice profundamente la verdad. Siempre la había dicho. A su manera. Pero esa verdad no es referencial sino la escritura de una brecha subjetiva y de una experiencia histórica generacional. Como escribe A. Muñiz-Huberman “el escritor en el exilio, sin más tierra a la que aferrarse que la de la palabra, borda en torno a ella su desesperanza”<sup>17</sup>. Y como añade de manera oportuna E. Garrido Alarcón “todo exilio es político”<sup>18</sup>.

Por otro lado, los textos del exilio nos hablan de una experiencia vivida, ficcionalizan de manera tremendamente precisa la relación de exterioridad absoluta que existía allá por 1969 entre los exiliados y la España real y existente moldeada a golpes de represión y de propaganda y de desarrollismo por el régimen franquista, de terror y olvido. El diagnóstico es implacable porque conocen el contraste. Y esa es —no lo olvidemos— la España que iniciaría el proceso de Transición que nos llevaría a esta plácida democracia hoy en crisis evidente. Muchas cosas se entienden mejor releendo estos textos, estas miradas a la España de la derrota desde los tristes supervivientes desplazados del más ambicioso proyecto democrático de su historia, que precisamente por estar fuera lo habían cultivado y mantenido tenazmente en sus textos y en sus vidas. La España de 1969 y la de después se edificó sobre el olvido. Por ello Max Aub se sintió solo, único contemplador transcendente de paisajes repletos de fantasmas. Sin embargo, y más allá de la esperanza, se obstinó en escribir, en dejar testimonio de su lectura. Gracias a aquel gesto desesperado es posible hoy recuperar la experiencia de aquellos lectores extrañados y recuperar —y adensar— la condición de palimpsestos, de planos superpuestos, que tuvieron —que tienen— estos mismos paisajes que habitamos.

## Referencias bibliográficas

### Obras

AUB M.

1965 *Las vueltas*, México, Joaquín Mórtiz.

1994 *Enero sin nombre*, Barcelona, Alba.

1995 *La gallina ciega*, Barcelona, Alba.

AYALA F.

1983 *La cabeza del cordero*, Madrid, Alianza.

<sup>17</sup> A. Muñiz-Huberman, “Dulcinea en el exilio”, en: J. Valender *et alii* (eds.), *Los refugiados españoles y la cultura mexicana*, México, El Colegio de México, 1999, p. 307.

<sup>18</sup> E. Garrido Alarcón, “Recorrer esa distancia. Notas sobre el exilio”, en: E. Popeanga Chelaru (coord.), *Escrituras el exilio*, Madrid, Publicaciones Universidad Complutense, 2011, p. 9.

BAREA A.

2009 *La raíz rota*, Madrid, Salto de Página.

## Estudios

ACHUGAR H.

1997 “Ciudad, ficción, memoria (primer ingreso a las ciudades sumergidas)”, *Casa de las Américas*, n° 208, pp. 17–24.

BALIBREA M.P.

2008 “Memoria de la modernidad: Viajando por España en textos autobiográficos de María Martínez Sierra y Max Aub”, en: Sánchez Cuervo A. (ed.), *Las huellas del exilio. Expresiones culturales en la España peregrina*, Madrid, Tebar, 2008, pp. 151–188.

BENEDETTI M.

1984 *El desexilio y otras conjeturas*, Madrid, Ediciones El País.

BENDER E.

2014 “¿Cómo superar la traumática experiencia de la Guerra Civil Española? La dimensión terapéutica de la autobiografía *La forja de un rebelde* de Arturo Barea”, en: August-Zarębska A., Marín Villora T. (eds.), *Guerra, exilio, diáspora: aproximaciones literarias e históricas*, Wrocław, Wydawnictwo Uniwersytetu Wrocławskiego, pp. 13–19.

FAGEN P.

1975 *Transterrados y ciudadanos*, México, Fondo de Cultura Económica.

FERNÁNDEZ GUTIÉRREZ J.M., HERRERA RODRIGO M.

1998 *La narrativa de la Guerra Civil: Arturo Barea*, Barcelona, PPU.

GARRIDO ALARCÓN E.

2011 “Recorrer esa distancia. Notas sobre el exilio”, en: Popeanga Chelaru E. (coord.), *Escrituras del exilio*, Madrid, Publicaciones Universidad Complutense, pp. 9–17.

GRACIA J.

2010 *A la intemperie. Exilio y cultura en España*, Madrid, Anagrama.

LIDA C.E.

1997 *Inmigración y exilio. Reflexiones sobre el caso español*, México, Siglo XXI.

LLORENS V.

2006 *Estudios y ensayos sobre el exilio republicano de 1939*, Sevilla, Renacimiento.

MACCIUCCI R.

2011 “Intelectuales españoles en el campo cultural argentino: Francisco Ayala, de Sur a Realidad (1939–1950)”, en: Pagni A. (ed.), *El exilio republicano español en México y en Argentina. Historia cultural, instituciones literarias, medios*, Madrid, Iberoamericana / Vervuert, pp. 159–188.

MARRA-LÓPEZ J.R.

1962 *Narrativa española fuera de España. 1939–1960*, Madrid, Guadarrama.

MARTÍN BARBERO J.

2004 “Mediaciones urbanas y nuevos escenarios de comunicación”, en: Navia P., Zimmerman M. (coords.), *Las ciudades latinoamericanas en el nuevo [des]orden mundial*, México, Siglo XXI, pp. 73–84.

MUÑIZ-HUBERMAN A.

1999 “Dulcinea en el exilio”, en: Valender J. et alii (eds.), *Los refugiados españoles y la cultura mexicana*, México, El Colegio de México, pp. 307–315.

OLEZA J.

1994 “Max Aub entre vanguardia, realismo y postmodernidad”, *Insula*, n° 569, pp. 1–2 y 27–28.

OTAOLA

1999 *La librería de Arana. Historia y fantasía*, Madrid, Ediciones del Imán.

SOLER SOLA M.

2014 “Morir por cerrar los ojos: cuando la memoria se hace teatro”, en: August-Zarębska A., Marín Villora T. (eds.), *Guerra, exilio, diáspora: aproximaciones literarias e históricas*, Wrocław, Wydawnictwo Uniwersytetu Wrocławskiego, pp. 89–95.

UGARTE M.

1999 *Literatura española en el exilio. Un estudio comparativo*, Madrid, Siglo XXI.

## Ghosts in a shining desert or the solitude of the palimpsests reader. Stories of the return in Max Aub, Francisco Ayala and Arturo Barea works

**Keywords:** Spanish republican exile — Max Aub — Francisco Ayala — Arturo Barea — city.

### Abstract

During the long years of exile, writers like Max Aub, Francisco Ayala or Arturo Barea wrote stories in which they fictionalized the returns of the exiles before their own returns occurred. This is the case of the works collected in *Las vueltas* (1965) originally written in 1947, 1960 and 1964, and of Max Aub’s story “El remate” (1965), of “El regreso”, by Francisco Ayala (1948) and of the novel *La raíz rota* by Arturo Barea (1951). In this article I intend to draw the common lines of meaning between all these fictions and compare them with *La gallina ciega. Diario español*, written by Max Aub during his trip to Spain in 1969, the first time he visited since his departure in 1939 by Cerbère. We will check there the confirmation of some of the fears of the exiles expressed in the anticipatory works, the strangeness in the new country, the tendency to read its landscapes and its cities like palimpsests inhabited with ghosts and the impossibility to trace a membership to any community other than that of exile.

Fecha de recepción: 29.05.2017

Fecha de aceptación: 22.09.2017